

¿SUFRE DIOS EN LA CRUZ? *Does God suffer on the Cross?*

Rocky Leonardo Panta Catota¹
Universidad Santo Tomás

Resumen

Este ensayo teológico explora el sufrimiento de Dios en la crucifixión de Jesús, analizando la relación entre la Trinidad y el dolor en la cruz. Examina conceptos como la impassibilidad de Dios, evitando caer en el patripasionismo y destaca cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo participan en el drama salvífico. Concluye que Dios, en su amor y compasión, no permanece indiferente al sufrimiento humano, sino que se dona a sí mismo, revelando un amor inquebrantable y una implicación total de la Trinidad en la redención.

Palabras clave: Santísima Trinidad, impassibilidad, Jesús, sufrimiento, crucifixión.

Abstract

This theological essay explores the suffering of God in the crucifixion of Jesus, analyzing the relationship between the Trinity and the pain of the cross. It examines concepts such as the impassibility of God, while avoiding any drift toward Patripassianism, and highlights how the Father, the Son, and the Holy Spirit participate in the salvific drama. It concludes that God, in His love and compassion, does not remain indifferent to human suffering; rather, He offers Himself, revealing an unwavering love and the total involvement of the Triniity in the work of redemption.

Keywords Holy Trinity, iimpassiviness, Jesus, suffering, crucifixion

Introducción.

Desde el inicio de la historia, el ser humano ha deseado por naturaleza conocer y en la búsqueda del conocimiento, se ha planteado el interrogante de Dios como fundamento de su ser, en esta búsqueda incesante ha descubierto a un Dios Uno y Trino, desarrollando sobre éste las bases y los fundamentos sobre este Misterio revelado, a saber: tres Personas distintas, un solo Dios verdadero.

En la actualidad se ha manifestado un desinterés con respecto a Dios por parte del cristiano moderno, puesto que, para comprender esto se requiere de un vasto conocimiento tanto filosófico como teológico y más cuando comenzamos a plantearnos sobre si existe o no sufrimiento en Dios tomando como referencia la Crucifixión del Hijo, ya que entramos en dos conceptos importantes y a su vez complejos de entender, a saber: la inmutabilidad y la impassibilidad, que de cierta manera han hecho creer que Dios no puede sufrir, bajo estos principios la divinidad no puede padecer, puesto que si sufriera no sería Dios. Todo esto confrontado con el realismo del sufrimiento de Cristo, presentado tanto por la Escritura como por la tradición litúrgica y espiritual de la Iglesia. En este sentido la pregunta “¿sufrió Dios en la Cruz?” ha marcado uno de los debates más profundos de la cristología desde la patrística hasta la teología contemporánea. Este interrogante toca el corazón del misterio cristiano: la identidad de Jesús como verdadero Dios y verdadero hombre, la unidad de la persona del Hijo encarnado y la relación trinitaria en el momento de la Pasión.

El motivo de este ensayo trata de responder a una interrogante personal que nace desde la preguntas por Dios desde la Crucifixión del Señor. En el momento del sufrimiento y de dolor del Señor que se manifiesta en la cruz: Si las tres personas de la Santísima Trinidad están unidas, ¿Las tres sufrieron o solamente sufrió Cristo? ¿Cómo poder entender el acontecimiento de la cruz a partir de una mirada trinitaria? Sin pretender caer en una concepción patripacionista del tema en cuestión, que será desarrollada más adelante y se

mostrará que el sufrimiento de Cristo debe ser afirmado con toda su radicalidad humana, pero entendido en el marco del misterio trinitario, donde el Hijo sufre en la carne y la Santísima Trinidad participa del drama salvífico sin negar la impasibilidad divina entendida correctamente.

La Trinidad y el misterio del sufrimiento en la Cruz: un estudio Teológico.

A lo largo de la Historia, hasta nuestra actualidad, el hombre se sigue preguntado sobre si existió o no algún tipo de sufrimiento en Dios, en el acontecimiento de la cruz, donde padece y muere el Hijo, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Por tal motivo partiré mostrando de forma breve desde la revelación la imagen trinitaria de Dios.

Cuando hablamos de Dios la misma doctrina cristiana tiene una larga historia, pues ahonda sus raíces en la revelación desde las enseñanzas del antiguo testamento. En efecto, cuando Jesús habla de su Dios (Padre²), se está refiriendo al Dios de su pueblo revelado desde Abraham, esto a su vez, se trata del mismo Dios, que el apóstol Pablo menciona en la Carta a los Hebreos, que habló de muchas maneras a los hombres por medio de los profetas y que ahora finalmente nos ha hablado por medio de su Hijo³.

Pero eso en el Nuevo Testamento donde se nombran simultáneamente a las tres Personas y se encuentran en la narración del bautismo de Jesús⁴. En esos textos se atestigua de Jesús que es Hijo de Dios en sentido real y pleno, se menciona al Padre cuya voz resuena desde el cielo y aparece el Espíritu Santo que descendiendo sobre Jesús. Al emerger Jesús del Agua, se abrieron los cielos y se vio “*al espíritu de Dios*”⁵ o “*al espíritu Santo*”⁶, “bajando sobre Él en forma de paloma, y se oyó una voz del cielo que decía: tú eres mi hijo amado en quien

² Cf: Mt 18, 35; Jn 17, 3

³ Cf: Hb 1, 1

⁴ Cf: Mt 3, 13-17; Lc 3, 21-22

⁵ Expresión usada por Mateo

⁶ Expresión usada por Lucas

me he complacido”. En el momento en que se va a iniciar su predicación publica como Mesías, Jesús recibe esta declaración solemne que le consagra ante el Bautista y los asistentes como aquel que bautizará en fuego y en Espíritu Santo.

Aquí las tres personas se manifiestan como distintas. No hay duda de aquel que habla y aquel a quien se dirige está en la relación de Padre- Hijo, mientras que el Espíritu Santo, que desciende en figura de paloma⁷, está ante todo al servicio de la proclamación del Mesías y alude a la unción de Él por el Espíritu. El texto bíblico que hace referencia al bautismo de Jesús es tan importante puesto que es una síntesis explícita del misterio trinitario.

Ahora queda claro que “el sujeto de la encarnación como de la cruz no es solamente Jesús en cuanto personaje humano, sino el logos divino, el hijo de Dios. Por ello, si se toma la cruz de Jesús como punto de partida para hablar del dolor de Dios” (Cura. 1990), y para esto es necesario tener bien claro quién es el sujeto afectado por este sufrimiento, si es solo el Hijo, o todas las tres personas trinitarias.

Puesto que la Santísima Trinidad son tres personas distintas pero que comparten la misma esencia⁸. Con respecto a la crucifixión, nos cabe hacernos dos preguntas, a saber: ¿El Padre y el Espíritu Santo, se hicieron indiferentes en la crucifixión del Hijo volviéndose simplemente en espectadores? o ¿Fueron crucificados esencialmente las tres personas? El dolor de Dios se presenta como algo que afecta no ya solamente a la naturaleza humana de Jesús ni exclusivamente al *Logos* de Dios en cuanto sujeto de la Encarnación y de la cruz, sino a la vida misma de Dios en su comunión intradivina, es decir, en sus dimensiones e implicaciones trinitarias (Cura. 1990) hay que tener presente que si bien el sujeto del sufrimiento de la cruz es el logos encarnado, y no el Padre, ni el Espíritu Santo, pero el

⁷ Cf: Lc 3, 22

⁸ Cf: CIC. 254

sufrimiento de Hijo no puede explicarse sino es en su estructura trinitaria⁹ frente a esto, San Atanasio sostiene que el Verbo no puede cambiar ni padecer en su divinidad, pues dejaría de ser Dios. Pero afirma que el Verbo “hizo suyos los sufrimientos de la carne” (Atanasio. 1995). Esta doctrina funda el principio cristológico: Lo que no es asumido no es redimido, por lo que Cristo debía sufrir realmente en su humanidad.

El sufrimiento del Hijo, sujeto de la crucifixión no es solamente el de los dolores de la cruz, sino el de la entrega y el abandono por parte del Padre. Afecta al Hijo, por tanto en su racionalidad con el Padre. Pero de esta manera también el Padre en su relación con el Hijo, se encuentra afectado y comprometido en los dolores de la cruz.

Con lo dicho anteriormente ¿Cómo describir la presencia y participación del Padre en el acontecimiento de la Cruz? ¿Cómo hablar en términos teológicamente rigurosos de una “pasión” del Padre? La afirmación a esta pregunta podría evocar espontáneamente caer en el antiguo riesgo de una herejía llamada patripasionismo, que considera a Dios como una sola persona que se manifiesta en tres modos o aspectos diferentes: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En este sentido, el patripasionismo niega la distinción real y eterna de las tres personas divinas, afirmando que el Padre es quien se encarnó, sufrió y murió en la cruz, de ahí que el sufrimiento del Hijo sea el mismo que el sufrimiento del Padre. Ya que si caemos en esto, en que el Padre también fue crucificado (sufrido) como lo sustenta el patripasionismo, la muerte de Jesús no tendría mérito alguno y por ende no valdría la resurrección, ni tampoco la redención. Pero de todo esto es muy consciente toda la teología contemporánea ya que en su discurso sobre el dolor de Dios se distancia de este error llamado patripasionismo.

En el discurso de la Teología a lo largo de estos años han surgido nuevas reflexiones sobre la posibilidad de un “sufrimiento de Dios” entendido no como un cambio, sino como una participación amorosa acentuando la distinción real de las personas divinas. En este sentido

⁹ Sobre la controversia Rahner- Balthasar, con la cuestión de los “neocalcedonianismo” de fondo.

Moltmann propone que la Cruz revela un “Dios sufriente”, no por debilidad, sino por amor. En la Cruz: el Padre sufre la entrega del Hijo, el Hijo sufre el abandono, el Espíritu expresa el amor que mantiene unidos en el abismo del dolor (Moltmann, 1972). Aunque Moltmann va más allá de la doctrina clásica, su intención es destacar el amor trinitario.

En ninguna otra ocasión como en la cruz se alcanza acentos tan dramáticos la relación Padre-Hijo en su estar frente a frente como en el grito de Jesús cuando está por morir en la cruz: Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?¹⁰ Es el grito del Hijo que en su identificación con el mundo de pecado, experimenta muriendo el abandono y la lejanía de Dios, la radicalidad de una muerte libremente asumida, el extrañamiento con el Padre.

Pero este sufrimiento tiene una correspondencia en la compasión del Padre, que no puede asistir como espectador imparcial e indiferente al dolor y la muerte de su propio Hijo. Hay también un dolor, un sufrimiento, una piedad, una pasión del Padre, una pérdida del Hijo en el acontecimiento de la cruz, teniendo en cuenta que Dios no cambia ontológicamente, pero vive un “dolor de amor” (Balthasar, 1982). El Padre así padece conjuntamente la suerte de su Hijo, y como dice Moltmann: “Él está siempre al lado de Jesús. En la entrega y en el dolor del Hijo se revela también la entrega del Padre y se escucha su dolor. Distinto, pues mientras Jesús sufre la muerte en el abandono, el Padre sufre la muerte del Hijo en el dolor infinito del amor” (Moltmann, 1972).

Entre la pasión del Hijo y la compasión del Padre hay, por lo tanto, una correspondencia mutua y una *perikhóresis*. Pero tanto la experiencia filial del abandono paterno como la compasión paterna de la entrega del Hijo acontece en el interior de la comunión divina.

Por último nos queda hablar del papel del Espíritu Santo en el acontecimiento de la cruz. Si bien esta tercera persona aún sigue siendo un tema poco abordado y por ende desconocido¹¹ para muchos, tropezando con las dificultades especiales cuando se intenta presentar la

¹⁰ Mc 15, 34.

¹¹ Cf: Marín, Royo. El gran desconocido. El Espíritu Santo y sus dones. 2019

implicación del Espíritu en el acontecimiento de la cruz y expresar su participación personal en términos de sufrimiento, pasión o dolor del Espíritu. Estas dificultades se añaden como algo peculiar a las ya existentes en el discurso general sobre el sufrimiento de Dios. Los textos de Jn 19, 30¹² y Heb 9, 14¹³ parecen ofrecer algún apoyo seguro para articular el papel del Espíritu en la pasión de Cristo como un llenarlo de toda la fuerza del amor divino.

No obstante, a pesar de las dificultades objetivas, todos los teólogos que hablan del dolor de Dios se esfuerzan por explicitar de algún modo la participación del Espíritu en el mismo, “pues sin su presencia no puede entenderse la cruz como un acontecimiento Trinitario” (Cura.1990). Aquí se establece la teología de la entrega sustentada en Rom. 8, 32¹⁴. Dirá B. Forte: “no solamente entrega el Padre al Hijo, ni el Hijo se entrega a sí mismo; el Espíritu es también entregado por el Hijo y acogido por el Padre” (Forte. 2014) Claro está que aquí no dejamos de lado la intervención del Espíritu en el ladrón bueno, que se pudo constatar en el acontecimiento de la cruz, pero en este momento solo hacemos hincapié su relación con Jesús en la cruz.

El discurso teológico sobre el sufrimiento de Dios puede considerarse, en su conjunto, como la articulación de una esperanza de salvación de los sufrimientos humanos y el hecho salvífico de la cruz no se puede entender solo con el actuar de Hijo, sino una acción conjunta de toda la Trinidad.

Por lo tanto, cuando hablamos del sufrimiento en Dios es necesario comprender que no lo hace al estilo del ser humano tan limitado y perecedero, puesto que el hombre sufre por necesidad, como la fatalidad o por castigo, pero esto no quiere decir que Dios no pueda

¹² Jesús tomo el vinagre y dijo: todo se ha cumplido. Dobló la cabeza y entregó su Espíritu.

¹³ ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!

¹⁴ El que no negó ni a su propio Hijo, sino que Lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también junto con El todas las cosas?

padecer de alguna manera. Ya que si Dios fuera impasible en absoluto, estaríamos diciendo por lo tanto, que Él sería incapaz de amar.

Frente a esto, diríamos que Dios es capaz de amarse a sí mismo, pero no a sus creaturas, por tal motivo si decimos que Dios es capaz de amar a otros, estamos diciendo que está expuesto a los sufrimientos que conlleva este amor. Cabe recalcar que Dios no sufre como sus creaturas, por carencia de algo, obviamente en este sentido, es impasible, sino que padece como efecto de su amor, que es el desbordamiento de su propio ser. En este sentido si podríamos decir que Dios parece estar sujeto al dolor.

Conclusión

La crucifixión del Hijo es la expresión máxima de su humanidad, puesto que en ella nos damos cuenta a partir de sus padecimientos que Él experimentó sed, hambre, cansancio, dolor e incluso la muerte. Y en Él experimentamos a un Dios que siente y conoce el dolor de toda la humanidad.

Es importante entender que el sujeto de la encarnación como el de la cruz no es solamente Jesús en cuanto personaje humano, sino el Verbo divino, el Hijo de Dios. En otras palabras, La pasión pertenece a la naturaleza humana, pero el sujeto del padecer es la Persona divina del Verbo. En este sentido, Santo Tomás de Aquino hace una distinción entre persona y naturaleza, dejando bien claro que: “afirmar que Dios sufre en su divinidad sería una contradicción, pero sí se puede decir que el Dios-Hijo sufre, porque asumió una naturaleza capaz de sufrir” (ST III, q.46, a.12). Por lo tanto “Es correcto decir que Dios sufrió, no porque la divinidad sufriera, sino porque el hombre que es Dios sufrió” (ST III, q.46, a.12 ad 1). Por ende, podemos tomar la crucifixión de Jesús como punto de partida para hablar del dolor de Dios.

En este sentido, no se puede decir que Dios no pueda padecer de ninguna manera, puesto que si Él fuera impasible en absoluto, seguramente no podríamos tampoco hablar sobre su

capacidad amar. Si Dios fuera incapaz de padecer, la pasión de Jesús sería meramente una tragedia humana, corriendo así el riesgo de tener a Dios como un ser sádico, frío y cruel y mirar el acontecimiento de la cruz como la simple muerte de un buen hombre, teniendo como consecuencia la ruina de la fe cristiana. Por este motivo en la actualidad se puede implicar a Dios con la pasión del Señor y a descubrir en la pasión al mismo Dios. Desde el origen de la iglesia primitiva hasta ahora se nos ha enseñado a adorar al Señor crucificado como Dios, y por ende a hablar de la pasión de Dios

Dios sufre incluso antes de encarnarse, ha sufrido nuestros propios sufrimientos antes e incluso de haber padecido en la cruz, antes de haber tomado nuestra carne. Pues si no hubiese sufrido, no hubiera venido a compartir con nosotros la vida humana. Por ende ÉL primero ha sufrido, después ha descendido. Siendo esto, la expresión de su amor y compasión ante la humanidad. En este sentido, la Cruz nos revela que Dios no es indiferente ni distante, sino que entra en el drama humano. Sin perder su impassibilidad ontológica, Dios se manifiesta como amor que se dona hasta el extremo. La Trinidad entera está implicada en el acto salvífico: el Padre entrega, el Hijo se ofrece, y el Espíritu es el amor que hace posible esa entrega. Así, la Cruz revela a un Dios cuya impassibilidad no es frialdad, sino plenitud de amor inquebrantable.

Por lo tanto, es necesario afirmar que Dios no sufre en su divinidad, pero el Hijo de Dios sufre verdaderamente como hombre. El sufrimiento pertenece a la naturaleza humana asumida por el Verbo, pero el sujeto que sufre es divino-humanado; por ello, es correcto afirmar que “Dios ha sufrido por nosotros”.

Referencias Bibliográficas

- Santo Tomás de Aquino. (2014). Suma Teológica (Partes II–III). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos
- Cura Elena, S. (1990). El sufrimiento de Dios en el trasfondo de la pregunta por el mal. Planteamientos teológicos Actuales. Revista española de teología.
- Fuster Perello, S. (1997). Misterio trinitario, Dios desde el silencio y la cercanía. Editorial San Esteban.
- Greshake, G. (2001). El Dios Uno y Trino, una teología de la Trinidad. Editorial Herder.
- Greshake, G. (2002). Creer en el Dios Uno y Trino, una clave para entenderlo. Editorial Sal Terrae.
- Mateo-Seco, L. F. (2008). Dios Uno y Trino. Editorial EUNSA.
- Ponce Cuellar, M. (2008). El Misterio trinitario del Dios Uno y único. Editorial Cultural y Espiritual Popular.
- Puche Martinez, J. A. (2003). Diccionario teológico de Santo Tomás. Editorial EDIBESA.
- Atanasio de Alejandría. (1995). Contra los arrianos. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Balthasar, H. U. von. (1982). Teodramática. El drama de Dios en el mundo (Vols. 1–5). Madrid: Encuentro.
- Moltmann, J. (1972). El Dios crucificado. Salamanca: Sígueme.